

I

TRES INVÁLIDOS — LOS SUFRIMIENTOS DE GEORGE Y
HARRIS — UNA VÍCTIMA DE CIENTO SIETE ENFERMEDADES
MORTALES — RECETAS ÚTILES — CURA PARA LAS AFECCIONES
HEPÁTICAS INFANTILES — ACORDAMOS QUE SUFRIMOS
EXCESO DE TRABAJO Y NECESITAMOS DESCANSO —
¿UNA SEMANA EN EL MAR PROCELOSO? — GEORGE SUGIERE
EL RÍO — MONTMORENCY PRESENTA UNA OBJECCIÓN —
MOCIÓN ORIGINAL APROBADA POR MAYORÍA DE TRES A UNO

Éramos cuatro: George, William Samuel Harris, yo y Montmorency. Estábamos sentados en mi habitación, fumando y charlando sobre lo mal que nos encontrábamos; mal desde el punto de vista médico, naturalmente.

Todos nos sentíamos enfermos, y eso nos estaba poniendo bastante nerviosos. Harris dijo que a veces le daban unos mareos tan extraordinarios que apenas sabía lo que hacía, y después George dijo que también él tenía mareos y apenas sabía lo que hacía. En mi caso, lo que no funcionaba era el hígado. Sabía que el hígado no me funcionaba porque acababa de leer un prospecto de píldoras hepáticas donde se detallaban los diversos síntomas que permiten reconocer el mal funcionamiento del hígado. Yo los tenía todos.

Por muy increíble que pueda parecer, jamás he leído un prospecto farmacéutico sin llegar inevitablemente a la conclusión de que sufro la enfermedad allí descrita, y en su forma más

virulenta. En todos los casos, el diagnóstico parece coincidir punto por punto con todas las sensaciones que he experimentado alguna vez en la vida.

Recuerdo que un día fui al Museo Británico para leer algo sobre el tratamiento de un ligero achaque que me afectaba; fiebre del heno, creo recordar. Cogí el libro y leí cuanto tenía que leer; y después, inconscientemente, lo hojeé distraído y empecé a estudiar con indolencia las enfermedades en general. No recuerdo cuál fue la primera dolencia en la que me sumergí —sin duda algún temible y devastador azote—, pero, antes de llegar a la mitad de la lista de «síntomas premonitorios», supe sin lugar a dudas que la había contraído.

Me quedé unos instantes paralizado de horror. Después, con la indiferencia propia de la desesperación, seguí pasando páginas. Llegué a la fiebre tifoidea, leí los síntomas, descubrí que tenía fiebre tifoidea, que debía de tenerla desde hacía meses sin saberlo. Me pregunté qué más tendría. Llegué al baile de San Vito; me di cuenta, como ya esperaba, de que también lo padecía. Empecé a interesarme por mi caso y, decidido a investigarlo a fondo, inicié un estudio por orden alfabético. Supe que estaba contrayendo la malaria, y que el estado crítico sobrevendría en un par de semanas. Constaté aliviado que padecía la enfermedad de Bright solo en su forma benévola y que, al menos en lo concerniente a esta cuestión, me quedaban muchos años de vida. Tenía el cólera con complicaciones graves, y al parecer había nacido con difteria. Recorrí concienzudamente las veintiséis letras para llegar a la conclusión de que la única enfermedad que no padecía era la rodilla de fregona.

En un primer momento esto me irritó. En cierto modo, parecía una especie de menosprecio. ¿Por qué no tenía rodilla de fregona? ¿Por qué tan odiosa salvedad? Al rato, sin embargo, se impusieron sentimientos menos egoístas. Recordé que tenía todas las demás enfermedades conocidas por la farmacología,

mi egoísmo cedió y decidí arreglármelas sin rodilla de fregona. Daba la impresión de que la gota, en su estadio más maligno, se había apoderado de mí sin que yo me diera cuenta, y era evidente que sufría zonulitis desde mi más temprana infancia. Después de zonulitis no había ninguna otra enfermedad, por lo que concluí que ya no me ocurría nada más.

Me quedé reflexionando. Pensé que yo debía de ser un caso bien interesante desde el punto de vista médico. ¡Menuda adquisición para una clase de medicina! Si contaran conmigo, los estudiantes no necesitarían pasarse por los hospitales. Yo solo era todo un hospital. Lo único que tendrían que hacer sería darse un paseíto alrededor de mi persona y después recoger el título.

Entonces me pregunté cuánto tiempo me quedaría de vida. Traté de examinarme a mí mismo. Me tomé el pulso. Al principio no sentí ningún pulso. Luego, de pronto, me pareció que echaba a andar. Saqué el reloj y me lo tomé. Ciento cuarenta y siete pulsaciones por minuto. Traté de sentirme el corazón. No sentí el corazón. Había dejado de latir. Con el paso del tiempo he sido inducido a pensar que tenía que estar ahí y que debía estar latiendo, pero no puedo asegurarlo. Me palpé toda la parte delantera, desde lo que llamo la cintura hasta la cabeza, y también un poquito por cada lado y un poquito por la espalda, pero no oí ni sentí nada. Traté de mirarme la lengua. La saqué todo lo que pude, cerré un ojo y traté de examinarla con el otro. Solo alcancé a ver la punta, y lo único que conseguí fue convencerme con mayor seguridad que antes de que tenía escarlatina.

Había entrado en aquella sala de lectura caminando como un hombre sano y optimista. Salí arrastrándome, convertido en una ruina decrepita.

Acudí a mi médico. Es un viejo amigo, que me toma el pulso, me mira la lengua y habla del tiempo —y sin cobrarme

nada— cuando se me mete en la cabeza que estoy enfermo, así que pensé que le haría un favor presentándome en esas condiciones. Lo que necesita un médico, pensé, es práctica. Puede contar conmigo. Conmigo podrá practicar más que con mil se-
cientos de sus enfermos normales y corrientes, que no tienen cada uno más de una o dos enfermedades. Así que fui directamente a verle, y me dijo:

—Bueno, ¿qué te pasa?

Contesté:

—No pretendo hacerte perder el tiempo contándote lo que me ocurre, amigo. La vida es breve, y podrías morir antes de que yo terminase. Pero sí te diré lo que *no* me pasa: no tengo rodilla de fregona. No puedo decirte por qué no tengo rodilla de fregona, pero el caso es que es así. Sin embargo, *tengo* todo lo demás.

Y le expliqué cómo lo había descubierto.

Me hizo desvestirme y me examinó, me cogió por la muñeca y luego me golpeó en el pecho cuando menos lo esperaba —una acción cobarde, creo yo— e inmediatamente después me dio un cabezazo lateral. A continuación, se sentó, escribió una receta, la dobló y me la entregó. Me la metí en el bolsillo y me fui.

No la abrí. La llevé a la botica más cercana y la entregué. El boticario la leyó y me la devolvió.

Me dijo que no podía atenderme.

Yo pregunté:

—¿No es usted boticario?

Él respondió:

—Soy boticario. Si fuera una combinación de economato y pensión quizá podría ayudarle. Sin embargo, ser solo boticario me lo impide.

Leí la receta. Decía lo siguiente:

1 libra de bistec con:
1 pinta de cerveza amarga cada seis horas.
1 paseo de diez millas todas las mañanas.
1 cama a las once en punto de la noche.

Y no te llenes la cabeza de cosas que no entiendes.

Seguí las instrucciones, lo que felizmente —al menos para mí— dio como resultado la preservación de mi vida, que aún sigue en marcha.

Esta vez, volviendo al prospecto de las píldoras para el hígado, tenía, sin posibilidad de error, todos los síntomas, entre los que destacaba «una desgana general para todo tipo de trabajo».

Nadie podrá comprender jamás lo que sufro con ello. Me martiriza desde mi más tierna infancia. De niño, la enfermedad no me dejaba prácticamente un solo día de respiro. Por aquel entonces los demás no sabían que era un problema de hígado. La ciencia médica estaba bastante menos avanzada que ahora, y lo consideraban simple holgazanería.

—Ah, diablillo remolón —me decían—, levántate y haz algo para ganarte la vida, que ya es hora.

Naturalmente, no sabían que estaba enfermo.

Por la misma razón no me daban píldoras, sino capones. Y, por extraño que parezca, los capones a menudo me curaban... momentáneamente. Sé por experiencia que un solo capón actuaba sobre el hígado y me hacía ir de aquí para allá y hacer lo que debía hacer con más velocidad que hoy en día toda una caja de píldoras.

Ya saben, ocurre a menudo. Los remedios sencillos y pasados de moda son a veces más eficaces que todas las porquerías de un dispensario.

Pasamos una media hora más describiéndonos mutuamente nuestras respectivas enfermedades. Yo les expliqué a George

y a William Harris cómo me sentía al levantarme por la mañana y William Harris nos contó cómo se sentía al acostarse. George, de pie sobre la alfombra de la chimenea, hizo una eficaz e inteligente escenificación para ilustrar cómo se sentía por las noches.

George *se imagina* que está enfermo, pero en realidad jamás tiene nada.

En ese momento la señora Poppets llamó a la puerta para saber si estábamos preparados para la cena. Nos dirigimos mutuamente una triste sonrisa y decidimos que probablemente nos sentaría bien tomar un bocado. Harris dijo que echarse algo al estómago a menudo era una forma de mantener la enfermedad bajo control, así que la señora Poppets entró con la bandeja y los demás nos sentamos a la mesa y jugueteamos con un filetito con cebolla y un poco de tarta de ruibarbo.

Creo que ese día yo estaba bastante débil, porque al cabo de una media hora perdí el interés por la comida —cosa rara en mí— y ni siquiera tomé queso.

Cumplidos estos deberes, rellenamos los vasos, encendimos las pipas y reanudamos la discusión sobre nuestro estado de salud. Ninguno de nosotros sabía con seguridad lo que nos pasaba, pero según el parecer unánime lo que nos ocurría —fuera lo que fuese— se debía al exceso de trabajo.

—Lo que necesitamos es descanso —dijo Harris.

—Descanso y un cambio completo de aires —aseguró George—. La gran tensión cerebral que sufrimos ha producido una depresión generalizada en el sistema. Un cambio de ambiente, un lugar donde no haga falta pensar, restauraría nuestro equilibrio mental.

George tiene un primo que los atestados de comisaría suelen describir como estudiante de medicina, por lo que, como es natural, utiliza expresiones más o menos propias de un médico de cabecera.

Me mostré de acuerdo con George y propuse buscar un lugar pintoresco y retirado, lejos de las masas enloquecidas, para pasar una soñadora semana en sus adormiladas callejuelas; algún rincón medio olvidado, escondido por las hadas, lejos del mundanal ruido; algún nido de águilas singularmente encaramado en los acantilados del tiempo, desde el cual el agitado oleaje del siglo XIX resonara lejano e imperceptible.

Harris dijo que eso le parecía deprimente; que conocía ese tipo de lugares, donde todo el mundo se acostaba a las ocho y no había forma de encontrar un periódico ni por todo el oro del mundo, y había que andar diez millas para conseguir tabaco.

—No —añadió Harris—. Si queréis descansar y cambiar de aires, no hay nada mejor que un viaje en barco.

Yo tenía graves objeciones contra un viaje en barco. Un viaje en barco sienta bien cuando dura un par de meses, pero para una semana es un verdadero tormento.

Salas un lunes, con el corazón dominado por la idea de que vas a pasarlo bien. Te despides con elegancia de los muchachos que se quedan en tierra, enciendes la mayor de tus pipas y te pavoneas por cubierta como si fueras el capitán Cook, sir Francis Drake y Cristóbal Colón al mismo tiempo. El martes lamentas haber embarcado. El miércoles, jueves y viernes deseas estar muerto. El sábado puedes por fin tomar un poco de caldo ligero, sentarte en cubierta y responder con una pálida y dulce sonrisa a las personas de corazón bondadoso que te preguntan qué tal te encuentras. El domingo empiezas de nuevo a andar y a ingerir alimentos sólidos. Y el lunes por la mañana, cuando estás con la maleta y el paraguas en la mano, asomado a la borda esperando para desembarcar, el viaje empieza a gustarte de verdad.

Recuerdo que mi cuñado hizo una vez un corto viaje por mar, por motivos de salud. Compró un billete de ida y vuelta

Londres-Liverpool, y cuando llegó a Liverpool lo único que deseaba con todas sus fuerzas era vender el billete de vuelta.

Tengo entendido que lo anduvo ofreciendo por toda la ciudad a un precio extraordinariamente rebajado y que, al final, lo vendió por dieciocho peniques a un jovencito de aspecto bilioso a quien los médicos habían aconsejado hacer ejercicio en un ambiente marino.

—¡Ambiente marino! —exclamó mi cuñado, poniéndole el billete afectuosamente en la mano—. Tendrás todo el ambiente marino que pueda necesitar en tu vida, y en cuanto al ejercicio, vas a hacer más, sentado en el barco, que dando saltos mortales en tierra firme.

Él, por su parte —me refiero a mi cuñado—, regresó en tren. Dijo que la línea de ferrocarril del noroeste era lo bastante saludable para él.

Otro conocido mío emprendió un viaje de una semana por la costa y, antes de zarpar, el camarero se le acercó para preguntarle si deseaba pagar la comida a medida que la fuera consumiendo o prefería pagarlo todo de una vez.

El camarero le recomendó el segundo sistema, alegando que era mucho más barato. Dijo que podía arreglarle toda la semana por dos libras y cinco chelines. Para desayunar habría pescado, seguido de una parrillada. El almuerzo era a la una, y constaba de cuatro platos. La cena, a las seis: sopa, pescado, entrada, filete, carne de ave, ensalada, dulces, queso y postre. Y una ligera colación de carne a las diez.

Mi amigo pensó que le convenía lo de las dos libras y cinco chelines (tiene muy buen diente), y eligió eso.

El almuerzo se sirvió cuando pasaban frente a Sheerness. No tenía tanta hambre como había pensado, por lo que se contentó con un poco de carne de buey hervida y unas fresas con nata. Lo reconsideró unas cuantas veces a lo largo de la tarde, y en algunos momentos le pareció que llevaba semanas comiendo so-

lamente carne de buey hervida y en otros le pareció que hacía años que se alimentaba únicamente de fresas con nata.

Tampoco el buey y las fresas parecían estar a gusto; todos estaban descontentos.

A las seis fueron a anunciarle que la cena estaba servida. La noticia no le produjo el menor entusiasmo, pero estimó que había que justificar algo de las dos libras y cinco chelines, así que, agarrándose a cuerdas y otros objetos, bajó al comedor. Al pie de la escalera le dio la bienvenida un agradable olor a cebolla y jamón caliente, mezclado con pescado frito y verduras. El camarero se acercó con una sonrisa empalagosa y le dijo:

—¿Qué desea el caballero?

—Deseo que me saquen de aquí —respondió débilmente mi conocido.

Así que lo subieron enseguida, lo apuntalaron a sotavento y lo dejaron allí.

Durante los cuatro días siguientes vivió una vida sencilla e irreprochable a base de galleta de marinero de poca masa (lo que tenía poca masa era la galleta, no los marineros) y agua carbónica. Al llegar el sábado, sin embargo, se encontró en mejor forma y se atrevió a ingerir un té poco cargado y unas tostadas, y el lunes ya se estaba atiborrando de caldo de pollo. El martes bajó del barco y, apesadumbrado, observó como se alejaba del muelle con su rastro de humo.

—Allí va —dijo—. Allí va, con dos libras de comida a bordo que me pertenecen y que no he probado.

Dijo que si le hubieran dado un día más habría solucionado el asunto.

En consecuencia, me opuse al viaje en barco. No, expliqué, por motivos personales. Yo no soy delicado. Pero temía por George. George dijo que por él no había problema, que más bien le gustaría, pero que nos aconsejaba a Harris y a mí que lo descartáramos, porque estaba seguro de que nos íbamos a

marear los dos. Harris aseguró que a él siempre le había parecido un misterio cómo se las arreglaba la gente para marearse en el mar; dijo que, en su opinión, lo hacían a propósito, para presumir; dijo que él lo había deseado a menudo aunque nunca lo había conseguido.

Después nos contó anécdotas sobre una ocasión en que había cruzado el Canal con un mar tan furioso que hubo que atar a los pasajeros a sus catres, y las dos únicas personas a bordo que no se pusieron enfermas fueron él y el capitán. A veces los únicos sanos eran él y el segundo oficial, pero en general eran él y otra persona. Cuando no eran él y otra persona, era él solo.

Lo curioso es que nadie se marea... en tierra firme. En el mar uno se tropieza con mucha gente que se encuentra en verdad muy mal, montones de gente, pero en tierra jamás he encontrado a nadie que tenga la menor idea de lo que es marearse. Dónde se esconden, cuando están en tierra, los miles y miles de malos marineros que se amontonan en los barcos es todo un misterio.

Si la mayor parte de la gente fuera como un individuo que vi un día en el barco de Yarmouth, podría solucionar el supuesto enigma con relativa facilidad. Recuerdo que era justo frente al muelle de Southend, y que él estaba con medio cuerpo asomado por un ojo de buey, en una postura muy peligrosa. Me acerqué para intentar salvarle.

—¡Eh! ¡Métase más para adentro! —le dije, sacudiéndole por el hombro—. Se va a caer al agua.

—¡Ay de mí! Ojalá me cayera —fue la única respuesta que pude obtener, por lo que tuve que dejarle donde estaba.

Tres semanas más tarde, me tropecé con él en el café de un hotel de Bath, relatando sus viajes y explicando entusiasmado cuánto amaba el mar.

—¡Buen marinero! —decía, respondiendo a las envidiosas preguntas de un tímido jovenzuelo—. Bueno, confieso que *una*

vez me sentí algo raro. Fue frente al Cabo de Hornos. El barco naufragó a la mañana siguiente.

Yo le pregunté:

—¿No se encontraba usted un poco indispuerto un día, frente al muelle de Southend, y deseaba caerse por la borda?

—¡El muelle de Southend! —respondió, con expresión de asombro.

—Sí. Camino de Yarmouth, el viernes pasado hizo tres semanas.

—Oh, ah, sí —respondió, mientras su rostro se iluminaba—. Ya me acuerdo. Aquella tarde tenía dolor de cabeza. Era el escabeche, ¿sabe? El escabeche más lamentable que he probado en un barco respetable. ¿Lo probó usted?

Por lo que a mí se refiere, he descubierto un excelente preventivo contra el mareo que consiste en balancearse. Te sitúas en mitad de la cubierta y, siguiendo el cabeceo y bamboleo del barco, desplazas el cuerpo para mantenerlo siempre derecho. Cuando se levanta la proa del barco, te inclinas hacia adelante, hasta casi tocar la cubierta con la nariz, y cuando se eleva la popa, te inclinas hacia atrás. Da muy buen resultado durante una o dos horas, pero nadie puede andar columpiándose una semana entera.

George dijo:

—¿Por qué no remontamos el río?

Aseguró que tendríamos aire fresco, ejercicio y tranquilidad. El cambio constante de paisaje mantendría nuestro cerebro ocupado (incluyendo lo que le quedaba de cerebro a Harris) y el trabajo duro nos abriría el apetito y nos ayudaría a dormir bien.

Harris dijo que le parecía que George haría mejor en abstenerse de todo aquello que pudiera tender a hacerle más dormilón de lo que ya era, porque podría ser peligroso. Dijo que no comprendía muy bien cómo iba a arreglárselas George para

dormir más de lo que ya dormía, dado que el día solo tiene veinticuatro horas, tanto en verano como en invierno. En cualquier caso, pensaba que si dormía aún más, lo mismo le daba morir, con lo que se ahorrarían los gastos de pensión.

Harris indicó, sin embargo, que lo del río le parecía tan apropiado como una «T». No sé lo que será una «T» (el único té que conozco es el de seis peniques, que incluye pan con mantequilla y bizcocho a discreción, lo que resulta barato, sobre todo si no has cenado). Me parece, sin embargo, que a todo el mundo le venía bien, lo que dice mucho en su favor.

También a mí me agradó la sugerencia, y Harris y yo dijimos que George había tenido una buena idea, y lo dijimos en un tono que de alguna manera parecía implicar que nos sorprendía que George propusiera alguna vez algo tan sensato.

La sugerencia solo disgustó a Montmorency. A Montmorency nunca le había gustado demasiado el río.

—A vosotros os parece muy bien —dijo—. Os gusta, pero a mí no. Yo no tengo nada que hacer allí. El paisaje no es lo mío, y no fumo. Si veo una rata, seguro que no os detendréis, y si me duermo os pondréis a tontear por la barca y me tiraréis al agua. Si queréis mi opinión, os diré que este asunto me parece una estupidez monumental.

Éramos, no obstante, tres contra uno, y la iniciativa fue aprobada.